



En este "once", integrado por siete, figuran, con José Antonio, de izquierda a derecha, Quevedo, Alvargonzález, Manuel Valdés, Hernández Bravo, Fernández Canepa y Rubielus.

EVOCAACION ANTE UNA CARTA DE JOSE ANTONIO

P O R J U L I O F U E R T E S

A José Antonio no le faltaba el tiempo para nada, aunque tampoco le sobraba. Madrugador como su padre, hallaba en el día, crecido y estirado a costa de un sueño no siempre estrictamente reparador, las horas necesarias para culminar sus cotidianas tareas y los justos regalos del cuerpo y el espíritu, y aún podía hacer, cuando era preciso, un espacio de tiempo para proveer a lo imprevisto.

Así, en cierta ocasión, para facilitarme unos datos, me citó en su casa a las ocho de la mañana.

Quedé algo perplejo ante la temprana hora y debí hacer un gesto involuntario de incredulidad, porque él atajó mi posible réplica con severa sonrisa, diciéndome:

—Te advierto que si te retrasas unos minutos ya no me encontrarás.

A las ocho de la mañana del día siguiente me recibió con ese aire lozano que no da el aseo, sino el haber abandonado hace tiempo el lecho. Vestía un mono azul y me explicó:

—En cuanto acabe contigo, como suelo hacer todos los días, de ocho a diez, me marcharé al Jarama a nadar un rato. Debajo de ésto llevo un «slip».

Y tranquilizándome de la aparente premura, agregé:

—Pero no te apures, que te dedicaré el tiempo necesario.

Ignoro el que duró la entrevista, y aunque todavía tengo la impresión de brevedad, cuando considero la tarea que de ella obtuve, me parece que debió ser muy larga. Y es que con José Antonio cundía así el tiempo, que parecía, como todo, sujeto a su voluntad. Al terminar, bajamos juntos la escalera y yo quedé en el portal hasta que le ví desaparecer en su coche calle de Serrano abajo.

* * *

En el verano de 1935, José Antonio apenas dejó un día de ir a nadar a un plácido remanso de río en Rivas del Jarama. Con frecuencia le acompañaban su «profesor de cultura física», Manolo Valdés, y «dos otros nadadores Luis Aguilar y Agustín Aznar». Y siempre, invariable, cosido por la lealtad y el afecto a su compañía, el «pequeño y valeroso Gaceo».

Con ser tan reducido el número de nadadores, los había de muy diversas clases: Valdés, profesor perfecto, que conocía todas las escuelas y tenía la propia; José Antonio, que era un discípulo aplicado, que aprendía bien y *sacaba estilo*; Aguilar, que entrenado en otros deportes tenía agilidad y resistencia, y Aznar y Gaceo, que buceaban desdichadamente, sin hacer el menor progreso, en disputa del último puesto, que parece que, al fin, fué unánimemente adjudicado al primero.

Para redondear la nota cómica de la impericia de estos nadadores, allá fué también alguna mañana Raimundo Fernández-Cuesta, que se contentaba con tomar en la orilla baños de sol.

Los más asiduos, Aguilar y Gaceo, al regreso de la deportiva excursión, acompañaban a José Antonio. Algunas mañanas desayunaban con él en su propia casa.

El desayuno consistía, en parte, sobre todo si el día era caluroso, en un gazpacho andaluz elaborado según una tradicional receta de su casa de Jerez, que José Antonio elogiaba invariablemente. Como si cada vez fuera la primera que lo tomaban, explicaba su origen y proclamaba sus excelencias y virtudes. ¡Qué satisfacción la suya ante el frío y rosado caldo espeso de pan bien mizado! Con él daba parte a sus camaradas de algo íntimo, familiar. No era un desayuno cualquiera, era un obsequio exquisito y delicado, que José Antonio exaltaba con abundante conversación, que sería entonces humorísticamente solemne y no vacilaría en calificar al gazpacho de «fundamental».

Tras el refrigerio, solemnizado como un rito vernáculo, a José Antonio le aguardaban múltiples tareas políticas y profesionales, a las que iba dando cumplimiento en las apretadas horas de la mañana, alargada hasta casi la media tarde. Después del almuerzo ya era otra cosa. Se podía alternar, en breves periodos, el esparcimiento con el trabajo, con más espacio siempre para el segundo que para el primero, porque había reuniones de la Junta Política, porque le aguardaban visitas, porque Gregorio Sánchez-Puerta tenía que exponerle enojosos pleitos de la marcha administrativa de la Falange, porque Mariano García tenía sus inconvenientes para pagar el último número del semanario, porque Rai-